

El síndrome de Penélope ¹⁷⁻⁷⁻⁹⁶

En varias universidades e institutos profesionales de educación superior se han tenido que implantar programas destinados a mejorar la capacidad de expresión oral y escrita de los alumnos que llegan de la enseñanza media.

La urgente necesidad de estos programas correctores reside en que el alumno que tiene deficiencias para expresarse, tampoco puede pensar con la amplitud y agudeza que necesita para la educación universitaria. La expresión oral y escrita es la forma en que se materializa el pensamiento, pero al ser pobre y limitada, se minimizan las posibilidades de pensar. Para ilustrar esta afirmación, cualquiera puede recordar su experiencia al tratar de pensar y hablar en un idioma que no domina. Al poco rato de intentarlo uno termina sintiéndose un perfecto imbécil, ya que el lenguaje que está utilizando es rudimentario y escaso.

Las autoridades educacionales han reparado en esta alarmante deficiencia de los escolares, que atenta, en definitiva, contra el desarrollo del país. Por eso han comenzado a aplicar estas interesantes iniciativas tendientes a mejorar la expresión oral y escrita. Uno de estos programas, el llamado Enlace, ha comenzado a dotar a las

escuelas de computadoras: los niños, jugando primero con ellas, terminan comunicándose con otras escuelas también dotadas de computadoras y así aprenden a expresarse.

De intensificarse estos programas, pronto habrá una abismante diferencia entre las antiguas generaciones de egresados de la enseñanza media y las que egresen en el futuro. El buen manejo de la expresión oral y escrita elevará su capacidad de pensar, y así crecerá considerablemente el coeficiente intelectual de los educandos, con todo lo que ello entraña para el progreso del país.

Todo esto sería extraordinariamente satisfactorio si no fuera por el síndrome de Penélope que aqueja a los chilenos. Como recordarán, Penélope era la esposa de Ulises; mientras él se dedicaba a sus aventuras viajeras, la pobre Penélope tenía que soportar el acoso de una serie de pretendientes que insistían en casarse con ella, aduciendo que Ulises seguramente estaba muerto.

Para librarse del acoso, Penélope les decía que tomaría una decisión en cuanto terminara un tapiz que estaba permanentemente tejiendo.

Lo que los pretendientes no sabían es que Penélope tejía de día, pero deshacía el tapiz de noche.

Tejer y destejer es el síndrome de Penélope, algo que los chilenos solemos hacer con sorprendente habilidad.

Porque en esta lucha por mejorar la capacidad de expresión, la escuela y la universidad tienen una rival educadora que está dentro de todas las casas y a la que los niños y adolescentes dedican casi tantas horas como a las aulas oficiales: la TV.

Días atrás un guionista de telenovelas me contaba que le habían llamado la atención porque sus libretos estaban demasiado bien escritos. "Hay que dialogar como lo hace la juventud -le dijeron-, usar sus términos, retratar la realidad". Y el guionista, ante el temor de perder el trabajo, así lo hizo. Por eso en las telenovelas tenemos jovencitos que hablan y enseñan un idioma que parece más propio de deficientes mentales que de personas con algún grado de educación.

Con los animadores televisivos está sucediendo otro tanto. Ya parece haber terminado la escuela que implantó Raúl Matas y que aún mantiene, por ejemplo, Javier Miranda.

Comienzan a surgir animadores, humoristas y locutoras cuya pobreza intelectual queda al descubierto por su paupérrimo lenguaje. Y justamente en esas deficiencias parece radicar la razón de su éxito.

En otras palabras, la TV, cual moderna Penélope, deshace los ingentes esfuerzos de las autoridades educacionales encaminados a mejorar la expresión y, por ende, la

capacidad de pensar de la juventud.

¿No debería preocupar esto al Consejo Nacional de Televisión? Se arma un gran escándalo cuando en la TV se muestra un seno desnudo, pero ¿no es mucho más grave que la desnudez del cuerpo el daño que se hace a los jóvenes con esta incitación a rebajar su capacidad de expresión, que trae consigo un empobrecimiento intelectual?

Si seguimos por esta senda, tendremos una juventud muy púdica, pero también muy tonta.

